

Una pedagogía para la Fiesta de la Vendimia



Rosa María Blanco

Ha finalizado hace unos días el "Encuentro Federal de Cultura" que reunió a representantes de todas las provincias en la ciudad de Mar del Plata y donde se decidió una política cultural auténticamente nacional que defienda y consolide nuestra identidad argentina. Los mendocinos ya nos habíamos adherido a estos principios porque el subsecretario de Cultura de nuestra provincia, en numerosas declaraciones y hechos, había recogido las expectativas al respecto, pero no deja de ser promisorio el hecho de que exista una coincidencia total hacia el reconocimiento e integración de las culturas regionales. Ahora bien: cultura y educación van juntas, es innegable, y Mendoza debe educarse para asumir la cultura que le cabe en el contexto nacional, y nada mejor que empezar a través de una pedagogía infantil dirigida a sustentar las raíces de nuestro patrimonio regional que, aunque se vuelque en numerosas expresiones, tiene un vértice común a todas las esperanzas y frustraciones mendocinas: la vitivinicultura. La realidad demuestra que nosotros somos gente de vendimia. ¿Por qué no partir de aquí para educar nuestras mentes y espíritu hacia la afirmación de nuestro ser regional?

El tiempo ha previsto para nosotros la integración de una cultura alimentada de racimos y de mostos que no es posible ya desconocerla. Promover todas las posibilidades de un patrimonio rico en otras vetas es un complemento importante y gratificante, pero no en la esencia del ser mendocino que respira, sufre y vive a través de los valles vendimiales. Esto se da en todos los órdenes, desde el económico "alma mater" de nuestros desvelos, hasta la participación popular más grande y sentida del pueblo que reclama fiestas y reinas, aún con la misma frescura e inocencia como hace más de cuarenta años lo hiciera frente a la simplicidad del paso de carros y jóvenes sin tronos ni coronas.

Yo, que contemplé como un espectador más los ires y venires de esta fiesta genial de los mendocinos, las lluvias de manzanas, el protegerse de los melones, el esplendor de algunos carros llenos de flores, los rostros divertidos y estupefactos ante la nieve artificial que no tiene nada que ver con la vendimia ni con el tórrido verano provinciano — pero sí útil para la promoción turística — y sobre todo, que busqué afanosamente el fruto del romance entre el sol y el agua en un espectáculo tan infantil en el tema como ajustado en el montaje, yo —reitero— me pregunto desde esta columna que intenta contribuir al periodismo educativo, ¿dónde y cómo se alentó la esencia vendimial de nuestro pueblo?

Es decir, todo esto que se repite año tras año, con mayores o menores aciertos y cuyo objetivo es, indiscutiblemente, producir la famosa industria "sin chimeneas" —tarea por otra parte, que se va logrando con mucho tesón, no debe descuidar en ningún momento alentar el acervo cultural que es la impronta de nuestra propia identidad. Y para ello es imprescindible el compromiso de incluir, en las planificaciones y en las improvisaciones, una pedagogía de la fiesta vendimial que arranque desde la misma infancia.

Es innegable que, si desde niños inculcamos la significación de la vendimia en el contexto de grandeza que nos reserva el territorio nacional, aseguraremos aquellos miembros de la comunidad futura que comprenderán y asimilarán nuestras principales razones de supervivencia y sabrán defenderlas, con criterio federalista, frente a los intereses foráneos no muy respetuosos de nuestros derechos. Además, la imagen proyectista que plasmamos a través de la fiesta tradicional, será una imagen adulta, propia de un pueblo que ha alcanzado la madurez cultural necesaria para preservar y transmitir su patrimonio espiritual, sin honerías ni chaturas.

DESDE LA FAMILIA

Es aquí dónde empezar a gestar la nueva dimensión de los festejos vendimiales. La pedagogía propuesta incluye un sencillo método de visualización de la realidad que nos toca vivir, con la intención de que el niño conozca, aprenda, experimente y comprenda lo que es la vendimia, adónde nos lleva y cuáles son sus progresos y frustraciones. Es importante que se viva de alguna manera este período del año mendocino, para que ningún niño —sobre todo de las ciudades— padezca de lagunas mentales o de falta de conocimiento, en este sentido. Es necesario que la familia comparta recuerdos de aquellos que participaron con lejanas cosechas, recorra cualquier rincón de suelo provinciano favorecido con cepas generosas y haga que sus hijos, desde cualquier ángulo posible, observe el trabajo, todo esfuerzo y sacrificio, del cosechador. ¡En cuánto nos dejan atrás los niños de las zonas rurales! Con la sabiduría de la experiencia cotidiana, conocen más que ninguno de nosotros, cuánto vale un grano de uva y cuántas alegrías y tristezas encierra. Sepamos adquirir la humildad necesaria para aprender a valorar lo que tanto nos cuesta, y entonces, si la fiesta será de todos y para todos.

DESDE LA ESCUELA

Entramos al ciclo lectivo en el prólogo de la actividad vendimial y estamos en el tiempo justo de concientizar la población escolar sobre la importancia de nuestra riqueza madre. Los contenidos programáticos deben estar supeditados a un centro de interés cuyo desarrollo estará asegurado en todos los grados, con el enfoque y planificación que corresponda a cada uno. La vendimia será el surco que dibujar, la bodega que recorrer, la práctica cívica que enaltecer. Con ella se puede averiguar cuánto cuesta ser mendocino cabal y hasta dónde las palabras contenidas en las leyes se hacen realidad o promesas. Vendimia será el mapa de la provincia en cuarto grado, la fruta sabrosa de los postres cotidianos, en el estudio de nuestros alimentos, de los grados inferiores, y las posibilidades de crecer y proyectarse al exterior, en los grados terminales.

En definitiva, un replanteo total de la manera de enfrentar cada marzo de nuestra vida provinciana. La escuela debe formar la conciencia, primero local y luego nacional, del niño argentino, porque somos pedazos de un todo, pero pedazos enteros, integrados, realizados como tales y no porciones desmembradas sin unidad alguna. Las estrategias de esta pedagogía se apoyan en un correcto conocimiento de nuestras posibilidades y limitaciones y en la experiencia, como base vital de los conceptos a adquirir; además, deben apelar a los aportes de los medios de comunicación que también se obligarán a sumarse a esta urgente pedagogía de la vendimia: audiovisuales, películas cortas y programas de radio alusivos, recortes periodísticos y prácticos suplementos de los diarios locales suplantarán los muchas veces arcaicos libros de lectura, provenientes de las editoriales porteñas. Mendoza es capaz de producir su propia apoyatura educativa-cultural y este último encuentro de artistas y eventos culturales así lo demuestra.

Sólo desde esta perspectiva la Fiesta de la Vendimia alcanzará su real significación. El paso de los carros alegóricos será un poco el lento caminar del vendimiador con su carga de racimos y los efectos lumínicos de tan sofisticada fiesta no serán más que reiterados aplausos para el final de la jornada en la cosecha nuestra de cada día.